

INDOAMERICANOS:



Dibujo del artista mexicano Balmor.

mente, la subrayamos y exaltamos como singularmente significativa. La denominación de nuestro Continente no es sólo un asunto de semántica circunscrita. Es, en su vasto y hondo sentido vital, cuestión de Historia. Pero vale repetir que esta nueva palabra del léxico aprista tiene también sus defensas inobjetables en lo que podríamos llamar con elevada interpretación política la "semántica histórica." Es, como lo indico más arriba, la *unidad superior* de los que sostienen la tesis del "hispanoamericanismo" y la antítesis del "latinoamericanismo." El concepto Indoamérica completa el triángulo, porque en su valor de síntesis incorpora todas las razones de uno y otro lado, aducidas en esta polémica, y determina y señala a nuestro Continente, aludiendo a su contenido social, étnico, político, idiosincrásico, lingüístico y cultural.

La más simplista, y común objeción al vocablo "Indoamérica" y a sus derivados "Indoamericano" e "Indoamericanismo" se afirma en el argumento de que en algunos países nuestros los indios puros son minoría, como en el caso de Costa Rica, Cuba, Colombia, Chile, Brasil, Uruguay y Argentina. No es difícil la respuesta sin embargo: considerada Indoamérica como un todo —y tal la razón del nombre común—, el valor numérico de "lo indio" es mayoritario. Porque no se trata del indio puro, sino también del mestizo. Y no puede negarse que nuestro Continente, a pesar de

sus ciudadinas y esporádicas islas blancas, es, por predominio de cantidad y por carácter de calidad, mestizo de indio y blanco y, en grado menor, de indio y negro. De ahí que el mismo Palma dijera con no poca razón y mucha gracia, ironizando al racismo aristocratizante de cierta casta españolista limeña, "que aquí el que no tiene de Inga tiene de Mandinga."

Pero no es la razón del número, el dato del censo, el índice estadístico lo que apoya el indoamericanismo como nombre y como idea. Es algo más hondo y telúrico, más recóndito y vívido: es el espíritu y la cultura nuestra en que afloran remotas savias desde los oscuros abismos ancestrales de tantas viejas razas en estas tierras confundidas. Germán Arciniegas, brillante escritor indoamericano —de Colombia, donde los indios pur-sang son minoría— ha escrito en su bello libro *América, Tierra Firme* (1938) estas palabras palpitantes de verdad: "Nuestra cultura no es europea. Nosotros estamos negándola en el alma a cada instante. Las ciudades que perecieron bajo el imperio del conquistador bien muertas están. Y rotos los ídolos y quemadas las bibliotecas mexicanas. Pero nosotros llevamos dentro una *negación* agazapada. Nosotros estamos descubriéndonos en cada examen de conciencia y no nos es posible someter la parte de nuestro espíritu americano por más silenciosa que parezca. Por otra parte, es cuestión de orgullo. De no practicar un en-

Carta alusiva

Stgo. de Chile, 22 novbre. 938

Mi querido don Joaquín: Le ruego publicar en el primer número que sea posible este artículo de Haya de la Torre, por expreso pedido de él. Además, mi don Joaquín, esperamos su voz. Ciertamente que América está en peligro de invasión fascista, pero es cierto también que corremos el riesgo de entregarnos maniatados al imperialismo yanqui que no ha modificado sus relaciones financieras con nosotros. Ayer La Hora de esta ciudad indica que dos empresas, la Lautaro Nitrate y la Taltal Railway despiden a los obreros que votaron por Aguirre Cerda, y ambas son empresas imperialistas. El 99 por ciento del petróleo peruano y el 99.5 por ciento del cobre peruano siguen controlados por empresas imperialistas como la Standard y la Cerro de Pasco Cooper Corporation. Antifascismo, sí; pero también antimperialismo.

La pugna de los imperialismos debe ser aprovechada por nosotros sin entregarnos a ninguno. La incondicionalidad ante Roosevelt debe provocar sonrisas despectivas de éste. Hace días, un amigo suyo y mío, Charles Thomson, dejaba oír en un ágape intelectual su voz preventiva: confianza, sí, pero también escepticismo.

Hubo un nativo de extrema izquierda que se ofendió contra él, porque Roosevelt es intangible según lo manda su partido. Don Joaquín: usted que tanto ha luchado por Nuestra América libre haga por defenderla de consignas extranjeras que nos entregan inermes al imperialismo sajón por mantener los vínculos que atan a otros países europeos con sus aliados posibles en una pugna también europea. Comparsas, no, don Joaquín. Basta ya de coloniaje intelectual y político. Por otra parte ese error lleva a esa misma extrema izquierda a asegurar que Benavides es democrático y antifascista. Oígalo bien: democrático el que no tiene congreso, mantiene millares de presos y se prorrogó el mando desconociendo la voluntad popular; antifascista el que ha entregado nuestra aviación, nuestro crédito bancario, nuestra libertad al fascismo italiano, y nuestro azúcar al fascismo alemán. Y eso no lo dice gente de derecha, don Joaquín, esa defensa es hecha por gente de la llamada extrema izquierda que, obediente a consignas, olvida el drama de nuestra América y así como ayer hizo callar a un representante de Puerto Rico en un congreso continental, hoy pretende acallar el gemido de los mártires del Perú, ciento por ciento aprista y por tanto, ciento por ciento antimperialista y antifascista, revolucionario y realista, autóctono y heroico. Ayude a América, don Joaquín. Vaya con mis manos, mi esperanza. Suyo Affmo.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

treguismo que nos coloque como serviles imitadores de una civilización que por muchos aspectos nos satisface, pero que por muchos nos desconsuela y desengaña."

¡Palabras éstas de un escritor mozo que no usa aún el vocablo Indoamérica, pero que brillante e indirectamente fundamenta su defensa! Ellas dicen mucho de las razones culturales en que incide nuestro punto de vista. El indio está en nosotros. André Siegfried le ha visto bien, aunque parcialmente en su *Amerique Latine* (1933) al remarcar que "el fondo de la población es rojo, sea en Bolivia, en Perú, en Venezuela, Colombia y aún en Chile donde el roto, de carácter mestizo, no puede ser considerado de ninguna manera como perteneciendo a la raza blanca; porque a pesar de las afirmaciones en contrario, el viajero que sabe ver no se equivoca, pues él se encuentra en presencia de un indio." Y aunque Siegfried hable de una

"América blanca" en superestimada oposición a la roja, acierta en mucho al reconocer y comprobar la importancia e influencia de lo indio en nuestra raza y en nuestra mente.

Con más penetración y grandeza, pese a sus hermosas fantasías de germano nebuloso, ahonda mejor el Conde Keyserling en las discutidas y sugerentes *Meditaciones* que son, por su contenido y por sus tesis, "indoamericanas" y no "suramericanas" como impropia y limitadamente las intituló. En Keyserling, quienes sentimos más abajo del blanquizco pigmento el latido recóndito del corazón del indio, hallamos muchas verdades. Ellas duelen a veces porque arrancan cruelmente la piel de los europeizantes para enseñarles el plasma profundo de su indoamericanismo. Pero, aunque con menos originalidad de lo que pueda suponerse —si hacemos el examen de conciencia que Arciniegas pide—, Keyserling des-